

UNA CARTA.

Á DON ANTONIO FERRER DEL RIO, ENVIÁNDOLE LA CREDENCIAL DE UNA GRAN  
CRUZ PARA EL SEÑOR VARONA, SU AMIGO.

Mi buen amigo Ferrer,  
De su romance al favor  
Va esta carta á responder;  
Verla le dará placer,  
Y á mí escribirla, mayor.

Dentro de ella encontrará  
La gran cruz con que el Gobierno  
Premio á los servicios da  
Del que es liberal eterno  
Do tantos no lo son ya.

De aquel en cuya persona  
Sólo hallo una incorreccion,  
Pues quien tan alto blasona,  
Más que llamarse Varona  
Debe llamarse Varon.

Del buen rey Cárlos tercero  
Honraré tal caballero  
Insignia, diploma y banda,  
Más que tanto majadero  
Que se la echó por bufanda.

Lo quiso la suerte así;  
Y aunque no me toca á mí  
De esta jornada la gloria,  
Pues de tan cerca la ví,  
Bueno es que cuente su historia.

Usté la accion presentó,  
Merelo la comenzó,  
Yo á retaguardia luché,  
Mártos con nosotros fué  
Y el triunfo la coronó.

Mande usté, pues, á su amigo  
La credencial que ambiciona,  
Y de su hogar al abrigo  
Viva con su cruz Varona  
Lo que mis cruces conmigo.

Que son tantas y son tales  
Las que el destino me ha dado  
Con propios y ajenos males,  
Que áun espero en los anales  
Pasar por crucificado.

En tanto sucede así  
Y vienen Dios ó el demonio  
Á desterrarme de aquí,  
No me olvide, don Antonio,  
Y disponga usted de mí.

*Madrid, 1871.*

A LA LIBERTAD.

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo  
Que triste á veces su fulgor derrama,  
Cuando al mirar su luz trocada en llama  
Mejor destruye que ilumina el mundo!  
Ya hundida del abismo en lo profundo;  
Ya rica de poder, de gloria y fama,  
Como la madre por sus hijos clama,  
Aclamo yo tu imperio sin segundo.  
Dentro del corazon tu nombre leo:  
Ántes que ausente de mi hogar te llore,  
Ántes que el hierro del esclavo muerda,  
De mi existencia el fin hallar deseo:  
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!  
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

*Madrid, 1873.*

DEL ÁLBUM DE MI HIJA.

---

Cuentan que al sentirse herido  
Y ya próximo á su fin,  
Con un amargo gemido  
Llora el ciervo perseguido  
La maldad del hombre ruin.

---

Lo mismo en toda ocasion  
Debe hacer el corazon  
Al ver perdido su encanto,  
Que muchas veces el llanto  
Castiga una mala accion.

---

A UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.

---

Si alguna vez de Trevi en la fontana,  
Ó del risueño Pincio en la colina,  
Ó en la desnuda cárcel Mamertina,  
Ó en la soberbia iglesia Vaticana,  
La patria de Quevedo y de Santana  
Echas de ménos por servil rutina,  
Y envidias á la pobre golondrina  
Que se viene á posar en mi ventana,  
No te detenga mujeril decoro,  
Troquemos de lugar, y te confieso  
Renunciaré al garbanzo sin desdoro.  
Una grada de sol tendrás de exceso,  
Y si la calma te aburrió del Foro,  
Te daré mi tarjeta del Congreso.

*Madrid, 1873.*

---

LAS ONDINAS.

(IMITACION DE ALEARDI.)

Del lago azul y límpido  
Las ondas cristalinas  
Surcando va fantástica  
Sin eco y sin rumor,  
La hueste mitológica  
De sílfides y ondinas  
Que alientan con el céfiro,  
Que duermen en la flor.

Cuanto soñó el espíritu  
De seductor y bello,  
En sus semblantes cándidos  
Idealizado está:  
Sus labios son de púrpura,  
De nácar es su cuello,  
Y á la azucena pálida  
Su seno envidia da.

— 179 —

Con danzas y con cánticos  
Alegran su existencia  
En la mansion recóndita  
Que les labró el Señor:  
Un coro son de vírgenes  
De paz y de inocencia;  
Sonrien, pero ¡ay míseras!  
No saben qué es amor.

A veces un estrépito  
La superficie altera  
De la laguna plácida  
Do bullen sin cesar:  
Y al ir con ojos lánguidos  
Buscando una quimera,  
Ven sólo sus imágenes  
Tranquilas reflejar.

De noche á los purísimos  
Destellos de la luna,  
Cuando el hermoso ejército  
Al sueño se entregó;  
Parece ver de tórtolas  
Cubierta la laguna,  
Y lleva el aire lágrimas  
Que al paso recogió.

. . . . .  
Así con vuelo rápido  
Tu pensamiento, Elisa,  
De un vértice á otro vértice  
Desvanecido va:  
Así navega intrépido  
Tu corazón aprisa,  
Por ese mar sin límites  
Donde el abismo está.

—  
¡ Cuál de tu labio trémulo  
El beso fuera grato!  
¡ Cuál de tu frente mórbida  
El celestial fulgor!  
Si hallando al bien estériles  
Tu afán y tu arrebato,  
Lograras por bien único  
Saber lo que es amor.

—  
Hoy como estatua fúnebre  
Sobre el sepulcro yerta,  
Ni das al dolor bálsamo  
Ni estímulo al placer.  
Inerte y melancólica  
Parece tu alma muerta  
Despojo de un autómeta  
Con forma de mujer.

Vendrán las horas tétricas  
De angustia y de quebranto;  
Caerán los rotos ídolos  
Del carcomido altar:  
De tu semblante célico  
Se borrará el encanto,  
Y ¡ ay, si te falta el último  
Consuelo, el de llorar!

—  
*Madrid, 1873.*

LA MUERTE DE UN ANGEL.

—  
Á MI AMIGO C. F.  
—

Su vida, cual relámpago brillante,  
La vuestra iluminó;  
Rasgó la oscuridad, brilló un instante,  
Y luégo se apagó.

—  
Mas no muere la luz; fúlgida y bella  
Busca su antiguo sér;  
Quizá bajo la forma de una estrella  
Torna á resplandecer.

—  
Por eso cuando alceis al puro cielo  
Los ojos desde aquí,  
Miradle siempre con amante anhelo,  
Que ella está allí!

—  
*Madrid, 1873.*  
—

CANTARES.

—  
Huye, niña, de los hombres  
Que baja la frente llevan,  
Que el águila mira al sol  
Y la serpiente á la tierra.

—  
El amor y el interes  
Salieron á viajar juntos,  
Pero aquél llegó hasta el cielo,  
Y éste no salió del mundo.

—  
Para hacerle una visita  
Que su padre me encargó,  
Pedí á un avaro sus señas,  
Y ni sus señas me dió.

—  
Del tamaño de un guisante  
Tengo una caja de plata,  
Y guardo enterrado allí  
El corazon de una ingrata.

Perdió á Luzbel, siendo un ángel,  
Un pecado solamente,  
¿Cómo has de salvarte tú  
Teniendo seis de los siete?

Una mujer y una liebre  
Se apostaron á correr,  
Y como el premio era un hombre,  
Se lo llevó la mujer.

De los niños y los viejos  
Todo con calma lo sufro,  
Porque he sido lo primero  
Y espero ser lo segundo.

Si eres modista y no dejas  
Aguja sin enhebrar,  
Yo te pido que me enhebres  
La aguja de marear.

Fueron tus palabras, niña,  
Chaparrones de verano;  
A la mañana cayeron  
Y á la tarde se secaron.

De cuantas cosas existen  
Sólo cuatro no hallo bien :  
El hambre, la desvergüenza,  
La fealdad y la vejez.

Dices, Ines, que el alma  
Se te ha perdido;  
Mira á ver no la tengas  
En el bolsillo :  
Que muchas veces  
Donde ménos se piensa  
Salta la liebre.

*Madrid, 1873.*